

GONZALO GVERRERO

CVLPA , OLVIDO Y RECVERDO

Nº 377





CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	2
1. La Culpa: el mar y el mal.....	3
2. El Olvido como permanencia.....	6
3. La rehabilitación del Recuerdo	11
CONCLUSIONES	16
BIBLIOGRAFÍA	18

INTRODUCCIÓN

La elección de esta figura como protagonista de este trabajo ha derivado de dos cuestiones principales. La primera de ellas es la intención de reevaluar a un personaje que se encontraba en el punto de mira tanto de sus contemporáneos como de las críticas actuales debido a la decisión personal de permanecer junto a sus captores en territorio enemigo en vez de retornar junto a sus compatriotas y participar en la empresa de la Conquista. Así, la segunda razón proviene del hecho de ser un personaje que en las últimas décadas ha resurgido en el Nuevo Mundo como símbolo del mestizaje, aunque todavía en el Viejo Mundo es desconocido debido a su posición de traidor y, por lo tanto, es ignorado en cualquier narración que no la considere como tal.

La gran elaboración artística y literaria de su persona a partir de la década de los setenta del siglo XX ha suscitado una revisión de Gonzalo Guerrero a partir de las fuentes primarias donde destacan los trabajos de C. Villarino (1976); A.R. Reckely (1992); J. Rico (2000) P. Braham (2006); M. Tapia Becerro (2006); A. Ceribelli (2013); y R. J. Romero (2013); pero también han surgido obras que han analizado el empleo de esta figura en las nuevas elaboraciones sobre su persona, tales como las de R. Pellicer (1992;2006); M.F. Medina (1995); y, R. Adorno (1996). Definitivamente la relación entre la veracidad histórica y las sesgadas crónicas sobre él ha sido el punto de partida de numerosos estudios, algunos de ellos definitivamente esenciales para la comprensión actual de sus acciones, aunque también han atendido a la reelaboración contemporánea de la figura tratando de caracterizar el grado de permanencia y olvido que este personaje posee en el imaginario cultural y en las obras históricas y culturales.

Por ello el objetivo de este trabajo es comprender a Gonzalo Guerrero como una figura que personificó el mal, que debía haber sido olvidada y que finalmente fue recuperada porque merecía entonces ser recordada. Así la Culpa, el Olvido y el Recuerdo se convierten en la pieza fundamental de este breve estudio que ofrecerá a partir de una narración mayoritariamente cronológica los cambios y alteraciones que sufrieron no solo la persona física, sino también su figura mítica. Además, su intitulación como “Padre del Mestizaje” obliga también a atender a esa controversial cuestión una vez más para tratar de perfilar si realmente Guerrero llegó a ser quien afirman que fue o simplemente es una imposición moderna que trata de justificar el pasado.

1. LA CULPA: EL MAR Y EL MAL

Ni siquiera había amanecido cuando se divisó desde la proa de un navío en 1492 la tierra que sería intitulada como el Nuevo Mundo, un espacio lejano, diferente y extraño al cual Cristóbal Colón (1451-1506) no había calculado alcanzar. El marinero genovés y futuro primer almirante, virrey y gobernador de las Indias (Pérez de Tudela y Bueso, 2023) no halló una tierra virgen que desconocía la acción humana sino que los propios indígenas ya la habían poblado formando culturas que se asomaban a lo largo y ancho del vasto continente (León-Portilla, 1992, p. 20). Se rompió en ese justo instante un antiguo orden marcado por la relación de Europa, Asia y África para dar cabida a un cuarto espacio de poder donde el encuentro varió entre la lucha de dominación extranjera – armada con su propia justificación – y una resistencia local que se manifestó a partir de la subordinación, integración, enfrentamiento o huida (Tapia Becerra, 2006, pp. 9-10).

La Historia Universal – eurocentrista, cristiana y masculina – abrió sus puertas por primera vez para aceptar entre sus líneas las narraciones de un continente que siempre había estado ahí, pero que se había ocultado para quienes portaban la pluma y la tinta. Los pueblos originales, los indígenas o simplemente sus habitantes por primera vez se tornaron personajes en un discurso donde ellos no eran, al menos al inicio, los protagonistas de su pasado y presente, sino personajes secundarios que son descubiertos, esclavizados, vilipendiados, colonizados y cristianizados (León-Portilla, 1992, p. 2). Las referencias a este Nuevo Mundo repitieron los tópicos de la tierra y sus habitantes, unificando las grandes diferencias en términos de riqueza y extravagancia natural, pecaminosa desnudez, porte de primitivas armas y creencias, dispar color de piel y barbarie injustificable (Pellicer, 1992, p. 61).

No todas las narraciones proclamaron los éxitos de la conquista, sino que algunas tomaron forma de “relato de cautivos”, género literario heredero de la tradición de la Reconquista¹, que implica «*un conflicto entre lo moderno (el viajero) y lo pre-moderno (los “viajados”), y la posible aculturación – la conversión simbólica – del viajero*» (Braham, 2006, p. 11). Los personajes principales fueron náufragos que abandonaron su hogar para adentrarse en estas tierras con el fin atender a la empresa de dominación, pero que, debido a la propia fuerza de la naturaleza, se vieron a la merced de la barbarie, integrándose en la cultura autóctona (Tapia

¹ Pese a que sea un término que debe ser revisado, es aquí empleado debido a la frecuencia de uso en las publicaciones.

Becerra, 2006, p. 11) y finalmente retornando y reintegrándose en la sociedad de origen. Ejemplo de la reiteración de esta secuencia son, por ejemplo, los hechos acontecidos a Jerónimo de Aguilar a comienzos del XVI, o las obras *Naufragios* de Álvarez Núñez Cabeza de Vaca (1542) o *Cautiverio Feliz* de Núñez de Pineda (1629).

Así, la Mar se convierte en un agente tirano que subyuga a los dominadores y les obliga a abandonar el navío que representa la Corona, lugar que ellos conocen y donde se sienten seguros dentro de unos códigos de conducta, lenguaje y vestimenta (Tapia Becerra, 2006, pp. 12-13). El mar y el naufragio constituyen una metáfora poderosa donde ninguna fuerza humana es capaz de detener sus acciones, donde los hombres quedan al amparo de sus iguales y del “otro”. El caos somete al orden, la barbarie vence a la civilización, los opresores son humillados por los sometidos.

La historia de Gonzalo Guerrero (s. XV – 1536) se encuentra en una estrecha relación con la de Jerónimo de Aguilar (1489-1531) pues ambos son considerados los “náufragos originales” en la Historia de la Conquista (Braham, 2006, p. 2) en cuanto la nave en la que se encontraban fue a pique en 1511, arrastrando a los escasos supervivientes hasta la costa del Yucatán donde sufrieron destinos desiguales, siendo Guerrero y Aguilar los únicos que no hallarían la muerte (González Hernández, 2023b). No obstante, ambos tomaron posturas contrarias ante su cautiverio. Mientras que la historia de Aguilar se circunscribe en una asimilación superficial de la cultura con el fin de sobrevivir hasta su rescate, Guerrero abandona la posibilidad de retorno – rehusando inconscientemente a finalizar la secuencia de la canónica narración (Pellicer, 1992, p. 62) – y permanece hasta su muerte en 1536 junto al pueblo y la familia que le había capturado y cautivado.

Las noticias de la supervivencia de ambos llegaron a oídos de Hernán Cortés (1485-1547) cuando se embarcó en la expedición hacia el noreste de la península en 1519, pero este solo consiguió que Jerónimo de Aguilar se uniera a su empresa como traductor (Romero, 2013, pp. 7-8). Este suceso fue especialmente relevante pues la existencia de castellanos² conformó la justificación para penetrar en aquellas tierras (especialmente después de obtener a Aguilar), lo que se estableció como el punto de partida para marcar una diferenciación entre el “nosotros” y los “otros” que razone consecuentemente de manera providencial «*la creación de un enemigo adecuado y la fundamentación de razones para luchar contra él*» (Rico, 2000, pp. 91-92).

² *Españoles, castellanos, peninsulares, hispanos o ibéricos* se presentan en este trabajo como sinónimos.



Así, la reacción al conocimiento del otro propone habitualmente calificarlo como inferior por el mero hecho de ser diferente (Ceribelli, 2013, p. 39). El dominante regularmente exhibe un halo de superioridad en contraposición con el enemigo dominado, pues el primero juega un papel activo de influencia sobre un segundo de rasgos pasivos y primitivos (Aberro, 1992, p. 14) que debe abrigar esos proyectos, ideales y los marcos de comportamiento social pues solo la cultura extranjera es la que debe prevalecer. Ejemplo de ello fueron los Requerimientos que claramente manifestaron que los “indios” estaban necesitados de la educación y cristianización (Rico, 2000, p. 88). No obstante, no estaban preparados los marinos hispanos para contemplar cómo uno de los propios se resistió a aquella cuestión comprometiendo la empresa original. Por primera vez un hombre libre decidía permanecer en el “pasado”, invirtiendo los roles que se habían impuesto y generando un “mundo al revés”.

Posteriormente en 1528, Francisco de Montejo (1479-1553) solicitó a Guerrero que participara en su expedición con un papel similar que había desempeñado Aguilar, pero nuevamente este se negó (Romero, 2013, pp. 7-8). Se cree que no solo rechazó la invitación, sino que incluso organizó una contienda contra este y su compañero Alonso de Ávila – o Dávila – (1486-1542), suceso que parece que también se había dado en 1517 cuando Francisco Hernández de Córdoba (1475-1526) alcanzó por primera vez la península del Yucatán (Pellicer, 2006, p. 159). Finalmente, en 1536 una carta escrita por Andrés de Cereceda (s. XV – 1539) establece que Guerrero murió en consecuencia de un tiro de arcabuz cuando dirigió a sus hombres al territorio hondureño para socorrer con el cacique Cicumba ante el ataque de Pedro de Alvarado (1485-1541) (Pellicer, 2006, p. 159; Romero, 2013, p. 19).

Las escasas fuentes literarias contemporáneas que lo mencionan etiquetaron a este personaje como «*un apostata, un renegado, un traidor, una persona de dudosa reputación, un pecador que había caído en el vicio con su esposa y un cristiano de baja estofa*» (Romero, 2013, p. 13) como respuesta al rechazo a acompañar a los españoles. Así, los cronistas lo presentaron como adversario de la misión hispana convirtiéndole en el único responsable de todos los problemas que los conquistadores podían haber hallado en ese amplio territorio desde 1517 hasta su muerte (Romero, 2013, p. 17). No obstante, esas mismas fuentes trataron también de comprender los motivos que le habían llevado a tomar tal estrepitosa decisión.

2. EL OLVIDO COMO PERMANENCIA

La reconstrucción de la historia de Gonzalo Guerrero se ha realizado a partir de un conjunto de crónicas donde los rumores y las leyendas tomaron una parte primordial en la narración, generando un personaje que parece abandonar la Historia para adentrarse en un universo mítico. Guerrero, a diferencia de otros náufragos, no relata directamente la historia de su vida, lo que genera una imposibilidad de comparar su narración con la que otros realizan de él y, consecuentemente, obliga a atender, a partir de una compleja posición, la cuestión y al compromiso de la veracidad histórica del resto de fuentes. Por ello, la incapacidad de defensa o intervención por parte de Guerrero en las narraciones de su persona permitió que se generara un relato sobre él como consecuencia de su negativa y del liderazgo de las huestes indígenas en el que, además, cada uno de los literatos planteaba sus posiciones e incluso objeciones para el recuerdo de tal figura.

Este discurso se inició, como se ha visto anteriormente, en el encuentro entre Cortés y Aguilar. En un primer momento se ignora completamente la figura de Guerrero, ya fuera por la imposibilidad de Aguilar de comunicarse con el resto de españoles en aquel amplio territorio que podría haber desconocido o porque esa misma incapacidad podría haber sido considerado un fracaso en el cometido de Cortés (Pellicer, 2006, p. 158). Posteriormente en 1526 menciona por primera vez la existencia de dos náufragos: «*Gerónimo de Aguilar, el uno, y el otro, un Morales, el qual no abia querido venir, porque ternia ya oradadas las orexas, y estaba pintado como yndio, e casado con una yndia, y ternia hixos con ella*» (Adorno, 1996, p. 913), que aunque no lo intitula como “Gonzalo” como el resto de escritores, hay cierta probabilidad de que se refiriera a él.

En 1542 Gonzalo Fernández de Oviedo escribe su obra *Historia general y natural de las Indias*” donde designa a Gonzalo como “marinero”, le culpabiliza como líder militar de los fracasos de conquista de Montejó (Adorno, 1996, p. 914) y lo presenta de tal forma: «*ya convertido en un indio, e muy peor que un indio, e casado con una India, e sacrificadas las orejas e la lengua e labrado la persona, pintado como indicio e con mujer e hijos*» (Braham, 2006, p. 5). Además, lo etiqueta como un herético o judío converso en un contexto histórico en el que en 1492 se habían expulsado a todos los judíos de las posesiones hispanas (Romero, 2013, p. 14) y donde la pureza de sangre era tan relevante. Su traición, por lo tanto, debía provenir de «*su supuesta infidelidad religiosa y espiritual heredada*» (Adorno, 1996, p. 915).

Francisco López de Gómara en su obra *Historia de las Indias y la conquista de México* presenta de nuevo a la figura de Gonzalo de tal forma: «*Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachacán, señor de Chetamal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachacán, y muy estimado por las victorias que le ganan en las guerras que tiene con sus comarcanos*» (Adorno, 1996, p. 915). Posteriormente trata de ofrecer las razones que le llevaron a tomar la decisión de permanecer: «*Creo que, de vergüenza, por tener horadada la nariz, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a estilo de aquella tierra y gente, o por vicio de la mujer y cariño de los hijos. [...]*» (Rico, 2000, p. 95). Sin embargo, en esta ocasión no hace referencia a la cuestión religiosa – a diferencia de Oviedo – sino que se detiene únicamente en su papel como marido, padre de familia y guerrero donde su justificación para no volver – reiterando la de Cortés y Oviedo – recae en su apariencia física, su vida pecaminosa junto a una india y el amor desinteresado sobre sus hijos (Adorno, 1996, p. 916), convirtiéndose en la única explicación que los hombres del XVI y XVII podían ofrecer para intentar entender la decisión libre de Guerrero (Pellicer, 1992, p. 65). De tal forma, su desertión, tanto para Gómara y Oviedo, fue tanto cultural como militar, especialmente estableciendo que: «*No hallamos que se refiera de otro español en estas conquistas semejantes maldad*» (Braham, 2006, p. 5).

La obra de Bernal Díaz del Castillo, escrita entre 1552 y 1568, se presenta como una narración que recopila los comentarios de los autores anteriores y donde se halla, en el capítulo XXVIII, la conocida respuesta de Guerrero:

«*Hermano Aguilar: Yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¡Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera! E ya veis estos hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra*» (Braham, 2006, p. 5).

No obstante, existen diversas discrepancias respecto al resto de obras. La primera de ellas es que estipula que Aguilar marchó a conversar con Guerrero con el fin de convencerlo para unirse a la empresa de Cortés, pero parece claro que Aguilar fue incapaz de realizar tal viaje por la distancia que los separaba (Romero, 2013, p. 11). El autor también coloca en escena a una figura excepcional como fue la esposa de Guerrero, la cual interviene en esta conversación con estas palabras: «*Mira con que viene este esclavo a llamar a mi marido; íos vos y no curéis de más pláticas*» (Pellicer, 2006, p. 159), siendo la mujer que mejor retrata el

escritor y que ofrece al lector como una figura de naturaleza arrogante y agresiva (Johnson, 1984, p. 72). La tercera cuestión relevante es la existencia de elementos que manifiestan una ligera alineación con el mundo hispano en cuento Guerrero denomina “hermanos” a los recién llegados. Y por último, no hace énfasis en el canibalismo, negando las palabras de Gómara y Landa (Pellicer, 1992, p. 68), quizás con el fin de desviar el constante acento de barbarie de estos pueblos en un nuevo contexto social después de sesenta años de colonización (Adorno, 1996, p. 917). Así, se propone una revisión de la figura donde Gonzalo, aunque ha abandonado a sus compatriotas, surge como surge como *pater familias* – «E ya veis estos hijitos cuán bonicos son» (Braham, 2006, p. 5) – condición que complementa con su posición política entre los nativos (Adorno, 1996, p. 917)

Casi de manera contemporánea, Fray Diego de Landa en 1566 escribió *Relación de las Cosas de Yucatán*, una obra que registra la cultura maya y que tiene como protagonistas en una de las narraciones a Jerónimo de Aguilar y a Gonzalo Guerrero. El retrato de Aguilar destaca por las connotaciones positivas, mientras que el de Guerrero se ve enmarcado en la capacidad de asimilación a la cultura donde se encontraba hasta convertirse en un indio. (Ceribelli, 2013, p. 43). Así dice:

«[...] y que allí le recibió un señor llamado Nachancán, el cual le dio a cargo las cosas de la guerra en que (est)uvo muy bien, venciendo muchas veces a los enemigos de su señor, y que enseñó a los indios a pelear mostrándoles (la manera de) hacer fuertes y bastiones, y que con esto y con tratarse como indio, ganó mucha reputación y le casaron con una muy principal mujer en que hubo hijos; y que por esto nunca procuró salvarse como hizo Aguilar, antes bien labraba su cuerpo, criaba cabello y harpaba las orejas para traer zarcillos como los indios y es creíble que fuese idólatra como ellos» (Pellicer, 2006, p. 159).

Antonio de Solís, cronista e historiador del siglo XVII, por primera vez juzgará las acciones de Gonzalo Guerrero en vez de presentar las peculiaridades de aquel extraño, pues según él: «No hallamos que se refiera de otro español en estas conquistas semejante maldad» (Romero, 2013, p. 13). Cuando de Solís menciona la “maldad” no parece referirse a su papel como militar o la vergüenza que podría llegar a sentir, sino que consideraba que su pecado era fingir el amor por sus hijos «para no dejar aquella lastimosa comodidad que en sus cortas obligaciones pesaba más que la honra y que la religión» (Adorno, 1996, p. 919). Por lo tanto, su representación está únicamente justificada por su fidelidad a las fuentes y la posibilidad de obtener una enseñanza de lo que puede llegar a ocurrir cuando se abandona a Dios con el

fin de evitar su repetición (Pellicer, 1992, p. 66), aunque él firmemente determine que no existe ningún valor en que sea recordado.

Todas las coincidencias en el relato de Guerrero manifiestan las preocupaciones de los hombres pues existían en él diversos elementos que no se alineaban con la empresa de conquista (Rico, 2000, p. 88). No obstante, hay un personaje al que hay que atender precisamente con el fin de comprender del todo los numerosos perfiles que han desarrollado de Guerrero y ese es precisamente su breve compañero de aventuras: Jerónimo de Aguilar. Existe en todas las narraciones una profunda diferenciación de los “náufragos originales” donde Guerrero permaneció junto a su familia y participó en ofensivas contra los españoles, mientras que Aguilar, un hombre de Dios con fuertes convenciones, se adaptó únicamente a su entorno hasta que Cortés lo invitó a unirse a su expedición (Dulanto, 1973, p. 136). En términos generales, lo que se presenta es un duro enfrentamiento entre dos modelos pues Aguilar presenta una importante resistencia a la transculturación, mientras que Guerrero sufre una aculturación inversa, es decir, mientras uno reniega a que las nuevas formas culturales sustituyan a las propias, el otro llega a perder la cultura propia al recibir y adaptarse a las nuevas tradiciones indígenas.

Definitivamente la posición de Aguilar no debió de ser sencilla en su retorno a la “civilización” pues, como hombre de fe en un contexto particularmente delicado, se le iba a examinar con un fuerte criterio en torno a sus prácticas y creencias (Rico, 2000, p. 97), concretamente cuando la primera vez que lo contemplan los hombres de Cortés no pueden diferenciarlo del indio (Pellicer, 2006, p. 157). Si a Guerrero se le cuestionó, por ejemplo, su masculinidad en dos aspectos claves como fueron la interrupción de la mujer en aquella conversación y cuestiones físicas como la vestimenta o los cambios corporales – pues eran trazas o restos de su transformación que no podían ser descartados (Rico, 2000, p. 98) –, Aguilar debía reformularse como la figura contraria.

Por lo tanto, al clérigo se le atribuye constantemente una pureza religiosa que abarca el conservar el libro de Horas, intentar regirse por el calendario europeo, y mantener el celibato (Romero, 2013, pp. 15-16), pues caer en tentación de la carne suponía «*la subversión de la rectitud religiosa*» (Braham, 2006, p. 11) y era lo que retenía a Guerrero en esas tierras. Así, su regreso – hecho que jamás completó Guerrero – comenzó de forma verdaderamente temprana en cuanto se dirige a los españoles con las palabras «*Señores, ¿sois cristianos, e cuyos vasallos?*» empleando su lengua materna pues esta se considera como un medio

relevante de transmisión de la cultura en sí misma que excluye rápidamente a la cultura nativa (Villarino, 1976, p. 92). Este cambio incluso toma más fuerza cuando Cortés le indica verdaderamente el día en el que se encuentra, restituyendo la “pérdida del tiempo”, y le ordena quitarse las prendas de indio a cambio de unas nuevas (Pellicer, 1992, p. 63) pues la aparente “desnudez” es la «*la máxima expresión de la pérdida de la “signicidad” exterior de la cultura europea*» (Tapia Becerra, 2006, p. 16).

La interacción de Aguilar con cronistas y otros hombres de la conquista ofreció una importante estrategia que posiblemente beneficio su discurso en términos de creación de un personaje al que parece improbable que hubiera tenido acceso después de su separación, pues incluso habiendo existido el encuentro descrito por Díaz del Castillo, se cree que ningún otro español habló de nuevo con Guerrero (Reckley, 1992, p. 134). De esta manera, hay diversos autores que consideran que se debe hablar de la figura de Gonzalo Guerrero como “alter ego” de Aguilar, una creación más o menos ficticia que asegurara que el clérigo pudiera retornar al mundo hispano (Rico, 2000, p. 99), más que como un personaje histórico del que se desconoce profundamente.

En definitiva, debido a esa necesidad personal, se tornó imposible a Aguilar y a su discurso ignorar a aquella figura, aún más cuando los cronistas peninsulares contemplaron en él un ejemplo que mostrar al mundo que reuniera toda la maldad que no correspondía al modelo de buen caballero del siglo XV, XVI o XVII.



3. LA REHABILITACIÓN DEL RECUERDO

La figura de Guerrero, más allá de una justificación para la conquista y de convertirse en la suma de todos los males de los españoles y en una estrategia de redención por parte de Aguilar, eventualmente desapareció porque no era necesaria. De tal manera, durante el proceso de independencia, otras figuras tomaron relevancia al ser adoptadas por los criollos revolucionarios como símbolo de sus reclamaciones, como, por ejemplo, Jicoténcatl, un joven guerrero que se reveló contra Cortés (Braham, 2006, p. 6).

No fue hasta la década de los 70 del siglo XX, en el marco del florecimiento del historicismo presentista cuando esta figura abandona su posición de traidor de la patria para convertirse en el Arte y la Historia *«en símbolo del mestizaje e incluso padre de la patria»* (Pellicer, 2006, p. 159). Era un momento en México donde los discursos nacionales estaban en crisis debido a fallos económicos y políticos, y que eventualmente se enzarzaron con los continuos debates sobre el multiculturalismo donde algunos trataron de explicar los males actuales vilipendiando las acciones de los españoles y otros mostrándoles como las figuras realmente mexicanas (Chorba, 2004, p. 46). Así, tal figura se halló en ese momento elevada a icono cultural, *«imagen originada a partir de un caso histórico y que satisface una necesidad primeramente social de definir, explicar, interpretar y proponer los modos ideales de comportamiento en una realidad dada»* (Adorno, 1996, p. 906). Y, por lo tanto, se necesita comprender verdaderamente cómo esto se llevó a cabo.

No obstante, antes de entrar en la recuperación o en la rehabilitación moderna del mito, hay que remitirse mínimamente a los autores mestizos para tratar de entender como aquellos nacidos de la “interacción” de dos individuos de diferente cultura trataron aquel peliagudo tema. El primero de ellos es un historiador de comienzos del siglo XVI llamado Diego Muñoz Camargo (c. 1525-1599), hijo de un extremeño que partió a la Nueva España y de una mujer indígena, que escribió la obra *Historia del Tlaxcala* en 1576 (Ruz Barrio, 2023). En esta obra reordena los papeles de Aguilar y Guerrero, desapareciendo Gonzalo a favor de García del Pilar – que indudablemente posee las mismas connotaciones – y traspasa a Aguilar gran parte de los elementos tradicionales de Guerrero quien, aunque se casa con la Malinche, sigue siendo leal a su religión (Adorno, 1996, p. 918). Así, a comienzos del XVII, otro autor mestizo, Fernando de Alva Ixtilxochitl, en su obra *Historia de la nación chichimeca*, vuelve a emplear el mismo recurso de la pareja conformada por el clérigo y Doña Marina, aunque

realiza una breve mención a Guerrero como superviviente que, debido a la vergüenza de su cambio físico, no habría retornado (Adorno, 1996, pp. 918-919).

Indudablemente, si el indígena estaba siendo continuamente juzgado por sus acciones bajo el marco de comportamiento europeo, el mestizo también sufrió similares acciones pues debían siempre seguir con los dictados de la ética española marcada profundamente por la sonoridad occidental y cristiana (Aberro, 1992, p. 15). Ambos autores compartían el hecho de que su padre había sido un español y su madre poseía ascendencia indígena, pero también que, aunque vivieron en diversos contextos de la Conquista, ambos presentan un gran interés en defender la identidad de cristiano en sus personajes quizás como resultado de tener que proteger la propia en un contexto social peliagudo (Adorno, 1996, p. 919). No obstante, la gran diferencia recae en abandonar la figura paternal de Guerrero, la justificación que la mayor parte de los autores, incluso Antonio de Solís, había ofrecido. Mientras que Guerrero y su familia habían permanecido en la cultura nativa, ellos se veían enmarcados en un contexto donde su seguridad estaba comprometida por seguir los mandatos de la Corona de España, por lo que su libertad y posición probablemente estuvo comprometida en diversos momentos. Así, los autores mestizos contribuyen a perfilar una figura donde la traición de Gonzalo no provenía de su matrimonio, sino del hecho de haber tenido hijos (Adorno, 1996, p. 919).

Esto llama la atención contemporánea porque, pese al interés de otros autores de destacar el celibato de Aguilar, aquí se han permitido la licencia de presentarlo en nupcias con Doña Marina (Malintzin), intérprete y consejera de Cortés. Tal y como Díaz del Castillo describe, la mujer indígena tras ser bautizada recibió el título de “doña” para denotar el estatus que anteriormente había disfrutado entre los suyos y, pese a no ofrecer demasiados detalles sobre su relación con Cortés, siempre la muestra junto a él (Johnson, 1984, p. 68). Así, la presencia de Doña Marina junto a otra figura que pertenezca al ámbito de la Conquista – se debe recordar que esta tuvo un hijo con Cortés y posteriormente se casó con Juan Jaramillo, regidor del Ayuntamiento de México (González Hernández, 2023a) – demuestra la subordinación de la mujer nativa que se asimila a la cultura masculina continuando con la tendencia de dominación de la raza blanca y del hombre sobre la mujer de color (Nolacea Harris, 2004, p. 247), paradigma que Guerrero no solo rompió, sino que además invirtió.

La tradición siempre había mostrado a Cortés y a la Malinche como los padres del México actual y moderno, siendo ella el modelo cultural del sincretismo que se dio en Latinoamérica.

Ella se presenta como el individuo que permitió la primera relación entre la cultura extranjera y la autóctona, una “madre simbólica” que a pesar de la gloria en la Historia, posee un origen trágico al ser expuesta al abuso de poder donde ella, como personificación de las poblaciones indígenas, se transformó a favor de una cultura dominante que permaneció aparentemente estable (Romero, 2013, p. 24) sin llegar a formar parte completa de ninguno de los dos mundos. Esta narración, como ya se ha podido contemplar antes, también recae en una decisión deliberada del sistema contemporáneo donde se castiga la decisión de Guerrero, pero se anota la aportación de la Doña Mariana en la construcción del gran Imperio (Nolacea Harris, 2004, p. 252). Así, optar por del modelo de Guerrero no era posible porque no podía ser seguido, a diferencia del ejemplo de la Malinche que, enmarcado en la sumisión, sí debía perdurar.

En contraposición, la crítica actual – encuadrada en un marco de revisión sobre cuestiones anteriormente ignoradas como fueron los graves problemas del mestizaje, el sincretismo y la transculturación o incluso las duras huellas del legado hispano en tierras extranjeras (Romero, 2013, p. 23) – busca presentar la historia de Guerrero y de su esposa como «*una feliz inversión del mito fundacional de la Malinche*,» (Braham, 2006, p. 7). El mestizaje halla a partir de esta figura no una “víctima perpetua” sino una posible reconducción al modo de comprenderse, entablar una conversación entre el pasado y el presente donde Gonzalo alcance a “pertenecer a ambos mundos”. Autores como Diego de Landa expusieron que una de las razones de su pertenencia junto a sus captores se hallaba en la capacidad de entender la cultura en la que se encontraba y comprender su belleza antes de la corrupción de los conquistadores, cuestión que lo define como un “hombre moderno” y que ha sido tomada en la actualidad para explicar el mestizaje y, por ende, la mexicanidad (Braham, 2006, p. 7).

Una de las grandes novelas históricas que tratará esta cuestión fue la publicada por Eugenio Aguirre en 1980 y que tiene como título el nombre de nuestro protagonista. Destaca precisamente porque propone a Guerrero como personaje principal – evitando que fuera relegado a una posición secundaria como otras tantas narraciones lo habían hecho – y traza el mestizaje hasta su matrimonio y sus hijos en vez de presentar la pareja Cortés-Malinche marcada por el abuso (Medina, 1995, p. 158). No obstante, otros investigadores creen que el Guerrero que Eugenio Aguirre muestra «*no es tanto un “padre del mestizaje”, entendiendo por tal no sólo la raza sino la cultura, sino el proceso de transformaciones de un europeo en maya*» (Pellicer, 2006, p. 162). Continuando con esta revitalización de la figura, otras obras surgieron en breve como fueron, por ejemplo, *Gonzalo Guerrero, el primer aliado de los*

mayas (1991) de González-Blanco Garrido; *Un amor inmortal. Gonzalo Guerrero, símbolo del origen del mestizaje mexicano* (1994) escrita por Meza; o *Gonzalo Guerrero, memoria olvidada. Traume de México* (1995) del periodista Villa Roiz; e incluso algunas de ellas, como *Crónica (La enrevesada historia de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar* – obra de teatro escrita por Enrique Buenaventura en 1988 – o *Las dos orillas* (1993) de Carlos Fuentes, toman a los dos náufragos originales como protagonistas.

La reelaboración de este personaje ha encontrado también otras formas de presentación. En 1994 se publicó gracias a la edición de Gabriela Solís Robleda y Pedro Bracamonte y Sosa la obra *Historia de la conquista del Mayab* redactada por el franciscano Fray Joseph de San Buenaventura, escrito que estaba constituido por un conjunto de documentos insólitos (Braham, 2006, pp. 2-3). Entre ellos se encontraba *Relato de Gonzalo Guerrero*, una narrativa escrita por Guerrero en pieles de venado y en trozos de papel que relata de primera mano los sucesos que le acontecieron (Prem, 1999, p. 298; Braham, 2006, p. 3). También se presentó otra versión de las memorias de Guerrero que fueron editadas por Mario Aguirre Rojas en 1975 y que estaban fechadas en 1535 (Braham, 2006, p. 3). No obstante, pese a que muchos lo describen como un documento falso debido a las incongruencias que presenta, es necesario entender el fenómeno cultural que atrajo la posibilidad de su realización y que probablemente se ajuste a este nuevo ambiente de renovación donde se deseó, quizás, poner fin a todas las dudas e incógnitas en torno a este personaje.

Esta figura también encontró presencia en la música, especialmente en el *Himno a Quintana Roo* (1985) donde se dice así: «*Esta tierra que mira al oriente, cuna fue del primer mestizaje, que nació del amor sin ultraje de Gonzalo Guerrero y Za'azil*» o en el arte plástico como fue el mural que se encuentra en Mérida titulado *Origen del mestizaje* que fue pintado por S. Cuevas en 1978 (Pellicer, 2006, p. 160). Importante fue el grupo escultórico que se inauguró en 1975 en el pueblo de Akumal donde aparece la familia de Gonzalo Guerrero. El personaje protagonista es Guerrero quien, vestido como guerrero indígena, mira al mar acompañado en un primer plano por su hijo a quien coloca la mano por encima en un acto paternalista. Casi en lo que parece un segundo plano se encuentra la hija sujetando el casco de su padre – posiblemente haciendo alusión a su pasado europeo – y la esposa de Guerrero, la “princesa maya” que amamanta a su hijo más pequeño. Algunos elementos han sido destacados como la escasa semejanza de los hijos a su madre quien parece ocultarse bajo la sombra de su esposo, el cual, a su vez, tiene horadadas las orejas, aunque no la nariz, y porta orgulloso su vestimenta y su arma (Adorno, 1996, p. 920). La jerarquía parece



extremadamente clara incluso para quien parece mínimamente conocer la narración pues recrea la misma dinámica impuesta en la relación Cortés-Malinche –donde lo español y masculino predominan sobre la mujer indígena –y los papeles sociales que fueron definidos por las fuentes de los siglos de la Conquista, aunque, quizás, el papel religioso es el único que no se perfila rotundamente.

En los últimos años destaca un documental titulado *Entre dos mundos: La historia de Gonzalo Guerrero* dirigido por F. González Sitges y presentado en la 39 Edición del Festival de Cine Iberoamericano de Huelva que narra la historia de Guerrero una vez más. En la nota de prensa sobre su proyección en Huelva, el periódico digital Huelva Buenas Noticias reiteró las palabras del presidente de la Diputación que dicen así: *«través de la recuperación de este apasionante relato audiovisual se puede considerar la vida de Gonzalo Guerrero como un ejemplo de integración y lealtad que ayudará a cambiar la imagen un tanto despectiva que se tiene de los colonizadores españoles durante el Descubrimiento del Nuevo Mundo, así como a contribuir muy positivamente en el trabajo que, desde esta institución provincial, se está realizando para que los Lugares Colombinos sean declarados Patrimonio de la Humanidad»*³. Ciertamente este mensaje contiene dos aspectos que merecen detenerse en ellos. El primero de ellos es la búsqueda de protección de aquellos enclaves vinculados al “descubrimiento” de América – hecho que finalmente fue revisado 2016 -; y en segundo lugar es el intento de dar un lavado de imagen a los colonizadores en su conjunto como si los hechos de Guerrero hubieran sido más frecuentes que los abusos cometidos por los hombres europeos. Así, aunque las palabras puedan parecer al lector más o menos acertadas, indisputablemente sí que podría llegar a ver un cambio de la imagen de Guerrero, tal y como se llevaba años haciendo en Latinoamérica, pero es imposible eliminar por completo aquella imagen de los colonizadores incluso cuando en el propio documental son presentados como los antagonistas de la narración visual.

Así, fuera o no su vida tal y como está siendo escrita, representada o incluso alabada, se ha elaborado actualmente un razonamiento “revisionista” donde todo lo que fue y lo que no pudo ser se ha invertido para dotarlo de un discurso, una origen, una patria y heroicidad que es aceptado aparentemente por ambos bandos. Su figura ha sido rehabilitada, pero aparentemente su esencia jamás ha retornado por completo.

³ El documental ‘Entre dos mundos: La historia de Gonzalo Guerrero’ se estrena en Huelva. (23 de noviembre de 2013) Huelva Buenas Noticias. Recuperado de: <https://huelvabuenasnoticias.com/2013/11/21/el-documental-entre-dos-mundos-la-historia-de-gonzalo-guerrero-se-estrena-en-huelva/>

CONCLUSIONES

Definitivamente la actitud de Guerrero, debido aquella insólita decisión que tomó en el siglo XVI, tuvo consecuencias no solo en su propio tiempo, sino casi 500 años después cuando su figura se tornó en uno de los personajes implicados en la reescritura de la Historia. Los hombres de la Corona lo intitularon como un adversario a ella y a todo lo que implicaba aquella gran empresa imperialista y colonialista, pero las críticas modernas celebran a Guerrero como el “Padre del Mestizaje” que personaliza una perspectiva intercesora sobre cómo los mexicanos se definen hoy en día. Ha sido la posibilidad de rescatar una figura marginada y casi olvidada del infierno en el que los cronistas lo habían colocado, al amparo de los códigos del buen caballero cristiano, lo que lo ha elevado a una posición magnífica que debe ser observada por el pueblo pues un héroe sin imagen implica su inexistencia.

Por lo tanto, como vínculo del pasado y presente, incluso de futuro, es un personaje que materializa las heridas de un mestizaje que había sido objeto de abuso y que siempre había sido encarnado por la Malinche para transformarlo en un discurso presentista donde parece legítimo estudiar lo que fue en referencia a lo que sucede en el mundo actual y que es exactamente por qué esta figura tan minúscula en toda la Historia de la Humanidad recobra relevancia, devolviendo su nombre a las lenguas de los mexicanos. Su historia habitualmente ha sido considerada como la “versión romántica” de lo que en sentido inverso ocurrió a numerosas mujeres en el marco de una brutal conquista, la forma de presentar aquel modelo de lo que no pudo ser y, por lo tanto, la imposibilidad de un mestizaje armonioso y pacífico donde el abuso no hallaría posición tan relevante. No obstante, tampoco se puede desde perspectivas contemporáneas ignorar por completo a la Malinche pues su situación fue muy compleja y la supervivencia jugó un papel extremadamente relevante en sus acciones.

Así, ¿cabe hablar de Gonzalo Guerrero como el padre del mestizaje? Ciertamente ni en el caso de Guerrero, ni mucho menos en el de Aguilar o la Malinche, ocurrió una interacción plena entre ambos mundos – quizás sí en aspectos concretos y circunstanciales –, pues siempre un mundo venció al contrario por métodos diversos que variaron según las condiciones personales. Las narraciones nos hablan de Guerrero como un indio que sigue sus tradiciones y sus prácticas y donde su pasado se ha desvanecido a favor de su nueva comunidad, aunque la parquedad de los datos de su vida nos ofrece un discurso sesgado donde desconocemos el límite de la aculturación, interacción y mestizaje. Si algo parece claro

es que, padre o no del mestizaje como concepto cultural, sí que pudo haber formado parte de la primera familia donde los dos grandes mundos se unían.

Por lo tanto, se propone que, aunque muchos deseen poder acabar rápidamente con el trauma generacional que portan en la sangre y en la piel, el mestizaje es tanto heredero del abuso y de la interacción pues el odio, el amor, la dominación, la subordinación, el miedo y la protección jugaron partes esenciales en la configuración de pueblos, regiones y estados que han dotado a los mexicanos, de una forma u otra, de su esencia contemporánea. Hay que ser conscientes de que el “ser” y “no ser” ha dotado a los mexicanos actuales de un medio de reevaluar quiénes son y cómo se definen, de intentar dar consuelo a sus preocupaciones más personales y ambicionar a ofrecer respuestas a ciertas incógnitas. Por lo que es imposible tanto para los mexicanos que reniegan de los españoles como para aquellos que los aceptan ignorar el contacto tan cercano que compartieron durante siglos, tanto las interacciones pacíficas como la destrucción masiva de sus características locales, pues hacerlo sería borrar su pasado.

El uso del pasado en el discurso del presente es un arma muy poderosa que normalmente ha sido más un instrumento de abusos y de invenciones que una herramienta que solucione las tensiones, por lo que únicamente se puede advertir de un empleo justificado donde se puedan recuperar a quienes fueron vilipendiados, abusados y marginados en los discursos oficiales, pero jamás tratando de emplearlos en un relato que abogue a generar interpretaciones no congruentes de los acontecimientos. Por ello es tan relevante el papel de las generaciones actuales, porque ellas son las encargadas de revisar y reevaluar el pasado para ofrecer a la sociedad la Historia que nos ha conformado pues, si no se construyen fuertes pilares en su discurso objetivo, el futuro seguirá disfrutando de relatos y perspectivas sesgadas: colonialistas, machistas, abusivas, sexistas o racistas. La Historia no se puede cambiar, pero sí el presente.

Así, el mestizaje es heredero de las historias de todos los Gonzalos Guerreros y de todas las Malinches, que independientemente de su raza, religión o género habitaron y habitan las tierras de México.



BIBLIOGRAFÍA

- Aberro, S. (1992). La aculturación de los españoles, o de cómo los de América dejaron de serlo. En *Del gachupín al criollo, o de cómo los de América dejaron de serlo*. El Colegio de México.
- Adorno, R. (1996). La estatua de Gonzalo Guerrero en Akumal: Íconos culturales y la reactualización del pasado colonial. *Revista Iberoamericana*, 62(176), 905-923. <https://doi.org/10.5195/REVIBEROAMER.1996.6267>
- Braham, P. (2006). El feliz cautiverio de Gonzalo Guerrero. *Hispanic Review*, 74(1), 1-17. <https://doi.org/10.1353/hir.2006.0009>
- Ceribelli, A. (2013). Relación de las Cosas de Yucatán de Fray Diego de Landa: Una mirada europea sobre la realidad americana. *Cuadernos de Aleph*, 5, 39-55.
- Chorba, C. (2004). Detraumatizing «Mestizo» Roots in «Nen, la inútil» by Ignacio Solares. *Latin American Literary Review*, 32(64), 46-52.
- Dulanto, E. (1973). Historical Notes and Anecdotes on Yucatan and Mérida. *Artes de México*, 136-140.
- González Hernández, C. (2023a). *La Malinche* [Diccionario Biográfico]. Real Academia de la Historia. <https://dbe.rah.es/biografias/12987/la-malinche>
- González Hernández, C. (2023b, febrero 7). *Gonzalo Guerrero* [Diccionario Biográfico]. Real Academia de la Historia. <https://dbe.rah.es/biografias/85636/gonzalo-guerrero>
- Johnson, J. G. (1984). Bernal Díaz and the Women of the Conquest. *Hispanófila*, 82, 67-77.
- León-Portilla, M. (1992). Encuentro entre Dos Mundos. *Estudios de la cultura Náhuatl*, 22.
- Medina, M. F. (1995). Buscando el origen del mestizaje en las crónicas: Eugenio Aguirre recrea a Gonzalo Guerrero. *Confluencia*, 11(1), 148-162.
- Nolacea Harris, A. (2004). Imperial and Postcolonial Desires: Sonata de Estio and the Malinche Paradigm. *Discourse*, 26(1), 235-257. <https://doi.org/10.1353/dis.2005.0014>
- Pellicer, R. (1992). Gonzalo Guerrero, el primer aindiado: (Historia y literatura. siglos XVI y XVII). *Nuevo Texto Crítico*, 5(9-10), 61-72. <https://doi.org/10.1353/ntc.1992.0012>
- Pellicer, R. (2006). El cautivo cautivado: Gonzalo Guerrero en la novela mexicana del siglo XX. *América sin nombre*, 9-10, 157. <https://doi.org/10.14198/AMESN2007.9-10.21>
- Pérez de Tudela y Bueso, J. (2023, febrero 7). *Cristóbal Colón* [Diccionario Biográfico]. Real Academia de la Historia. <https://dbe.rah.es/biografias/4665/cristobal-colon>

- Prem, H. J. (1999). The «Canek Manuscript» and other Faked Documents. *Ancient Mesoamerica*, 10(2), 297-311. <https://doi.org/10.1017/S0956536199102062>
- Reckley, A. R. (1992). Irony and License in New Memories of the Conquest: Gonzalo Guerrero. *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures*, 46(2), 133-146. <https://doi.org/10.1080/00397709.1992.10733770>
- Rico, J. (2000). Gonzalo Guerrero: La frontera del imaginario español. *Latin American Literary Review*, 28(55), 89-109.
- Romero, R. J. (2013). Texts, Pre-Texts, Con-Texts: Gonzalo Guerrero in the Chronicles of Indies. *Revista de Estudios Hispánicos*, 36(3), 345-367.
- Ruz Barrio, M. Á. (2023). *Diego Muñoz Camargo* [Diccionario Biográfico]. Real Academia de la Historia. <https://dbe.rah.es/biografias/34332/diego-munoz-camargo>
- Tapia Becerra, M. (2006). El naufragio de la memoria o la escritura indianizada: Una lectura de la identidad en los relatos de Gonzalo Guerrero y Alvar Núñez. *Prolija Memoria*, 2(1-2).
- Villarino, C. (1976). Encuentros culturales y transculturación en la obra de Bernal Díaz del Castillo: Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España. *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, 38(47), 83-100.